

# LIBROS

52

LETRAS LIBRES  
JUNIO 2016

**Jordi Amat**

• LA PRIMAVERA DE MÚNICH

**Gabriel Zaid**

• CRONOLOGÍA  
DEL PROGRESO

**Amélie Nothomb**

• PÉTRONILLE

**Monika Zgustova**

• LAS ROSAS DE STALIN

**Mariana Enriquez**

• LAS COSAS QUE  
PERDIMOS EN EL FUEGO

**Ramón J. Sender**

• VIAJE A LA ALDEA DEL CRIMEN

**Clémence Boulouque**

• MUERTE DE UN SILENCIO

**Patrick Iber**

• NEITHER PEACE NOR FREEDOM



**HISTORIA**

## Dos conspiradores



**Jordi Amat**  
**LA PRIMAVERA DE MÚNICH**  
Barcelona, Tusquets,  
2016, 479 pp.

### IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN

Los historiadores nunca se han tomado demasiado en serio la figura de Julián Gómez García, más conocido como Julián Gorkin, un activista y escritor que empezó como ferviente comunista de primera hora y que, tras ser objeto de la represión estalinista durante la Guerra Civil, acabó abrazando con idéntico fervor la causa del anticomunismo. Director de *La Batalla* hasta que su partido (el POUM) fue ilegalizado, se dedicó después a dar publicidad a algunos de los casos más célebres de comunistas disidentes o caídos en desgracia, como Jesús Hernández, Enrique Castro Delgado o Valentín

González “El Campesino”, cuyos libros de denuncia antiestalinista son en alguna medida creación del propio Gorkin. Estamos por tanto ante alguien que hizo de la propaganda su oficio, y su testimonio debe ser tomado con cautela pero no ignorado.

Julián Gorkin es uno de los dos protagonistas de *La primavera de Múnich*. Si su trayectoria no ha conitado la curiosidad de los especialistas, la del otro protagonista, Dionisio Ridruejo, ha dado lugar a numerosos estudios, entre ellos la excelente biografía que Jordi Gracia le dedicó en 2008. “Camisa vieja” de Falange, heroico voluntario de la División Azul y bien pronto cara visible de la oposición al franquismo en el interior, también Ridruejo, al igual que Gorkin, sabía muy bien lo que era la propaganda: durante la guerra había dirigido en el bando franquista el Servicio Nacional de Propaganda.

Imaginémonos a ambos en un momento inconcreto de la Guerra Civil: Gorkin en los locales barceloneses del POUM en el Palau de la Virreina, decidiendo junto a Andreu Nin y otros miembros del comité ejecutivo las nuevas consignas revolucionarias que debían publicarse en el órgano oficial del partido; Ridruejo en Burgos, en las dependencias de los servicios de propaganda franquista, en compañía de Laín Entralgo y Torrente Ballester, los tres vistiendo camisas azules que tú bordaste en rojo ayer... Mientras Gorkin estaba situado en el extremo más revolucionario del espectro ideológico republicano, Ridruejo, antiguo miembro de la guardia pretoriana de José Antonio Primo de Rivera, representaba lo más conspicuo del fascismo español. ¿Cabe concebir más distancia que la que entonces

separaba las posiciones políticas de uno y otro?

De todas las ucronías posibles, la que cotizaría más alto en las casas de apuestas sería la que veinte años después debería unir a esos dos hombres en un proyecto común de restauración democrática en el que antifranquismo y anticomunismo irían de la mano. Y sin embargo, como cuenta Jordi Amat en este libro excelente, eso fue exactamente lo que ocurrió. Las peripecias vitales de Gorkin y Ridruejo, tan alejadas en sus orígenes, acaban confluyendo de un modo casi natural cuando las organizaciones del interior y del exterior establecen contacto con el propósito de diseñar una posible alternativa al régimen de Franco.

Había un problema grave, y ese problema se llamaba precisamente Franco. El diseño de esa España democrática que un centenar de antifranquistas españoles pactaron en junio de 1962 en el hotel Regina de Múnich tendría que esperar a la muerte del dictador para llevarse a efecto. Y lo cierto es que (por mucho que al propio Amat incomode una interpretación del Contubernio como simulacro o ensayo general de la transición) la actual democracia española se parece bastante a la que entonces se propugnó: en definitiva, una monarquía parlamentaria con un reconocimiento de la plurinacionalidad y una integración plena en Europa.

El libro de Jordi Amat es un libro sobre las dificultades para construir una cultura democrática en una España que arrastraba décadas largas de férrea dictadura. Pero sobre todo es un libro acerca de la propaganda política en los años centrales de la Guerra Fría: sus efectos en nuestro país, sus claroscuros y sus servidumbres. Acabada la Segunda Guerra

Mundial, en Estados Unidos constataron con inquietud que conceptos como paz, libertad y justicia eran habitualmente asociados al comunismo soviético. Para contrarrestar la propaganda enemiga se creó precisamente el Congreso para la Libertad de la Cultura, que sería el paraguas bajo el que conspirarían Gorkin y Ridruejo en sus esfuerzos por devolver a España a la senda democrática. Que en ese contexto de Guerra Fría la CIA, a través de diversas fundaciones que le servían de pantalla, financiara muchas de las actividades del Congreso entra dentro de la lógica del momento: también el otro bloque tenía su propia y muy bien engrasada maquinaria de intervención en el mundo de la cultura. Pero con la propaganda política ocurre como con el sudor: a todos nos molesta el sudor ajeno pero nadie repara en el propio. El caso es que en abril de 1966 *The New York Times* reveló la secreta intimidación existente entre la CIA y el Congreso para la Libertad de la Cultura, y eso significó el principio del fin para este último. Los tiempos habían cambiado. Convertida la agencia norteamericana de inteligencia en sinónimo de imperialismo yanqui, quedaba deslegitimado en origen cualquier acto de oposición al franquismo sospechoso de estar patrocinado por ella. Algunos años después, el antiguo estalinista Santiago Carrillo, situado por fin en el lado bueno de la Historia, pudo despacharse a gusto contra su viejo enemigo Julián Gorkin reduciéndolo a la condición de simple “agente de la CIA”, lo que invalidaba cualquier mérito en su trayectoria de opositor al franquismo. A lo mejor eso ayuda también a explicar por qué la figura de Julián Gorkin, que empezó como revolucionario profesional a sueldo de la Komintern y

acabó en efecto cobrando de la CIA, ha despertado tan poco interés entre los historiadores. —

**IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN** (Zaragoza, 1960) es escritor. En 2014 publicó *La buena reputación* (Seix Barral).



**ENSAYO**

*Eppur si muove!*



**Gabriel Zaid**  
**CRONOLOGÍA DEL PROGRESO**  
Ciudad de México, Debate, 2016, 208 pp.

**MANUEL ARIAS MALDONADO**

Hasta cierto punto, es un escándalo que Gabriel Zaid, ensayista y poeta, además de ingeniero de profesión, no sea más leído en nuestro país. Decimos hasta cierto punto porque, bien mirado, escandalizarse por algo así no deja de revelar un cierto apasionamiento que cualquier vistazo a la lista de los libros más leídos viene a atemperar. Dicho esto, es una excelente noticia que la editorial Debate publique este delicioso volumen, cuya sustanciosa brevedad es una marca de fábrica de su autor: nadie puede dejar de aproximarse a él con la excusa de que no tiene tiempo. En la línea de precedentes como *Los demasiados libros* o *Cómo leer en bicicleta*, Zaid aglutina aquí un conjunto de breves ensayos, todos ellos publicados entre 1999 y 2015 en esta revista, organizados en torno a un asunto común: el problema del progreso. Tema que, en una época de creciente aceleración tecnológica y creciente desigualdad económica, viene a renovar su perpetua actualidad.

Zaid se inspira, según confesión propia, en el *Bosquejo de un cuadro*

*histórico de los progresos del espíritu humano* (1794), del filósofo y científico Nicolas de Condorcet, cuyo título, que a duras penas cabría en un tuit, es expresivo del *ethos* ilustrado de su época. Y es paradójico que, así como Condorcet escribía a contracorriente, afirmando una fe en el progreso gradual de la especie humana que se oponía a las concepciones cíclicas y religiosas de la temporalidad, también hoy Zaid escribe a contracorriente, aunque los obstáculos a los que se enfrenta sean de distinta naturaleza: el descreimiento en el progreso discernible en los practicantes de la Teoría Crítica, algunos pensadores ecologistas y no pocos autores poscoloniales. Y digamos un desempleado de Indiana o un campesino de Sudán. Todos ellos, sin duda, con buenas razones para ensayar una crítica a esta Gran Narrativa Moderna, relato épico sobre el progresivo mejoramiento de la condición humana que ha propendido siempre a ocultar a las víctimas de ese mismo progreso: el indígena que está tumbado junto al cocotero cuando llegan las fragatas que, en nombre del progreso, lo convertirán en esclavo. Sucede, sin embargo, lo que suele suceder: una tesis que empieza siendo juiciosa se convierte en un prejuicio que impide reconocer aquello que su bestia negra, la idea del progreso universal, tiene de verosímil. Por eso, porque reivindica el ideal del progreso a pesar de sus defectos, Zaid escribe a la contra.

Digamos así, por emplear la imagen predilecta de los escépticos, que Zaid entabla un diálogo constructivo con el célebre Ángel de la Historia al que recurre Walter Benjamin para metaforizar la destrucción operada por el progreso moderno. Su apuesta es modesta, pero razonable, al modo de un

discurso moderno que ha aceptado las críticas posmodernas en lugar de limitarse a rechazarlas sin siquiera leerlas: “No es verdad que todo tiempo pasado fue mejor. Ni que todo lo más reciente es mejor. Ni que el futuro será siempre mejor. Pero cabe desearlo, y trabajar porque así sea, con optimismo razonable.”

No en vano, como él mismo subraya, si definimos progreso como toda innovación favorable a la vida humana, el progreso es anterior a la mentalidad progresista: las mejoras empiezan mucho antes de que exista siquiera conciencia de que lo son. Es eso que Sloterdijk ha descrito como sucesivas evoluciones del lujo humano, desde la hoguera al agua embotellada. En cuanto al mito del progreso, que da lugar a la creencia en su realidad material y moral, Zaid lo considera audazmente un producto del cristianismo tardío: la transformación del ideal monástico de perfeccionamiento personal en un proyecto para el conjunto de la sociedad. Es una hipótesis plausible, aunque indemostrable: la idea del progreso conoce muchas atribuciones de paternidad. No cabe duda de que el impulso ilustrado es decisivo, pero no del todo original; sus precedentes estaban ya contenidos en la cultura. En todo caso, son los frutos de las revoluciones científica, industrial y política los que generalizan el descontento con el progreso. Aunque la crítica del progreso nace ya con el primer atisbo de progreso, o sea, de cambio: una ambigüedad presente de manera canónica en los mitos de Prometeo y el Jardín del Edén. Se trata de narrativas que no hemos superado, como queda clara cada vez que se habla de la comercialización de los transgénicos. Y, si no las hemos superado, es porque la satisfacción universal solo cabe en la ficción utopista.

Para hablarnos de todo esto, Zaid recurre a una divertida erudición que nunca abruma ni aburre. Sus frases son cortas; sus formulaciones, logradas. Hay ensayos dedicados a la energía, donde se apunta que la fotosíntesis es aún más admirable que la máquina de vapor; al lenguaje, innovación crucial que sirve para entendernos y para pelearnos; al sedentarismo agrícola que nos lleva a producir de manera generalizada; al surgimiento de la confianza en el futuro en el *homo faber* medieval, fundamental para entender la dimensión psicológica de la creencia en el progreso; a la comprensión de la historia como progreso teleológico; al capitalismo y la necesidad de reprimir el uso de la energía fósil y el despilfarro de capital; a la pobreza y la desigualdad; a las ambigüedades inevitables del progreso moral. También incorpora, a modo de apéndice, una fascinante cronología que arranca literalmente en la nada y llega hasta el viaje de la nave espacial Kepler, sin dejar de incluir el *Cancionero* de Petrarca y *Vértigo* de Hitchcock. Por el camino, las aventuras de la especie se nos presentan con pespuntes conmovedores (“Pellegrino Turri inventó en 1808 una máquina de escribir al tacto para su amada, que era ciega”), jocosos (aprendemos que Einstein escribió en una carta de pésame que la distinción entre pasado, presente y futuro es solo una ilusión) o histórico-tecnológicos (Telefunken patentó la fibra óptica en 1965).

En *A short history of progress* (2004), el ensayista Ronald Wright resume una extendida convicción contemporánea, de acuerdo con la cual el mito del progreso se ha convertido en una amenaza para la humanidad debido a una lógica interna que puede conducirnos, de éxito en éxito, a la catástrofe final. Más cauteloso,

Zaid propone en este estupendo librito una forma diferente de contemplar este viejo ideal: “Con todos sus fetichismos, ha resultado ser fecundo. Cabe asumirlo todavía, con sentido crítico y sentido del humor.” Desde luego, los datos son favorables: hay más seres humanos, más longevos, menos pobres. ¿Qué quieren el desempleado de Indiana y el campesino sudanés, si no un progreso que los alcance a ellos? En último término, sin la confianza en el auto-mejoramiento que ha proporcionado la mitología asociada al progreso, no habríamos podido llegar hasta aquí. Que por el camino hayamos perdido algo, e incluso muchos lo hayan perdido todo, es una tragedia inevitable: trágica, justamente, a fuer de inevitable. —

**MANUEL ARIAS MALDONADO** (Málaga, 1974) es profesor de ciencia política de la Universidad de Málaga y autor de *Environment and society. Socionatural relations in the Anthropocene* (Springer, 2015).



## NOVELA

### Borrachas en la nieve



**Amélie Nothomb**  
PÉTRONILLE  
Traducción de  
Sergi Pàmies  
Barcelona, Anagrama,  
2016, 160 pp.

### ALOMA RODRÍGUEZ

Se podría pensar que Amélie Nothomb (Etterbeek, Bélgica, 1966) lo había contado casi todo en sus libros: grafómana, extravagante declarada y activista de su rareza, la escritora belga afincada en París dedica a su oficio cuatro horas al día, de madrugada. “Solo

dejé de escribir un domingo por la mañana. Fue el peor día de mi vida”, declaró en una entrevista con Álex Vicente en *El País Semanal* parafraseando, quizás, al futbolista George Best cuando dijo: “En 1969 dejé las mujeres y la bebida. Fueron los peores minutos de mi vida”. De esa compulsión resultan tres o cuatro libros al año, elige el mejor —se asegura de que el resto no vaya a ser publicado jamás— y lo envía a su editorial de siempre, Albin Michel. Nothomb cuenta con un despacho en la sede de la editorial en el que se dedica a leer las cartas que le envían sus lectores. Además de en numerosas entrevistas, lo contaba en *Una forma de vida*, una de las mejores novelas de la escritora, que tiene mucho que ver con la que acaba de publicarse en España: *Pétronille*. La más reciente entrega de lo que podría considerarse la serie de la escritora Amélie Nothomb como personaje de Amélie Nothomb descubre algunas de las cosas que aún no se sabían de ella: por ejemplo, le gusta beber. Retoma otras de las que ya había hablado en otras ocasiones: la relación que mantiene con sus lectores.

La novela se abre con una exagerada borrachera ensayada y preparada a conciencia (“recurrí a la técnica más antigua del mundo: ayuné”) y el relato encierra reflexiones sobre el placer de la embriaguez: “Que la primera borrachera suela ser tantas veces milagrosa se debe únicamente a la famosa suerte del principiante: por definición, no volverá a repetirse”; “Beber intentando evitar la embriaguez resulta tan deshonroso como escuchar música sacra protegiéndose contra el sentimiento de lo sublime.” “Las treinta y seis horas de ayuno” que preceden a la ingesta

de una botella de Veuve Clicquot producen el efecto deseado: “Con valentía, seguí bebiendo y, a medida que vaciaba la botella, sentía que la experiencia modificaba su naturaleza: el estado que estaba alcanzando no merecía tanto el nombre de embriaguez como el de lo que, con la pompa científica característica de nuestro tiempo, denominamos ‘estado alterado de la conciencia’.” Las consecuencias del experimento no dejan lugar a dudas: “Titubeé hasta la cama y me desplomé.” La narradora, Amélie Nothomb, decide tras recuperarse del desmayo que necesita un compañero de borrachera, y es entonces cuando aparece Pétronille. Acude a una firma de la escritora belga, aunque ya se habían cruzado algunas cartas, y Nothomb confiesa que no se la esperaba así, “pensé que me hallaba ante una persona en fase de envejecimiento”. Pétronille tiene veintidós años y aspecto de muchacho, y estudia literatura isabelina. Esta primera fase de su amistad se ve interrumpida cuando, tras su primera noche de borrachera, Pétronille decide “ponerse a orinar allí mismo, entre dos coches aparcados”. Nothomb no vuelve a saber de Pétronille hasta cuatro años después, en 2001 (en la traducción se ha colado una errata y aparece 2011), cuando la belga descubre entre las novedades de una librería la novela *Vinagre de miel*, de Pétronille Fanto —trasunto de la escritora Stéphanie Hochet—. Ahora, con las dos escritoras, la relación se reaviva: comparten alcohol, casi exclusivamente champán, y, a pesar de todo lo que las aleja (origen socioeconómico, intereses literarios, temas, ideología), se entienden y su amistad crece conforme más evidentes se hacen sus diferencias. Hacia el

final de la novela, Nothomb descubre qué es lo que comparten por encima de todo, incluso por encima de la pasión por el champán: “Esa ebriedad que a falta de mejor nombre llamamos atracción por el riesgo, que no se corresponde con ninguna pulsión biológica ni con ningún análisis racional.”

La novela se lee a ratos como un thriller, con la angustia de saber que algo terrible está a punto de suceder; a ratos como una comedia hilarante: por ejemplo, el viaje a Londres que hace Nothomb para entrevistar a una estirada, desagradable e impertinente Vivienne Westwood, que obliga a la escritora a acompañar a su perra a hacer sus necesidades, o cuando Pétronille y Amélie van a esquiar, después de más de treinta años sin hacerlo la segunda: “Dos metros más tarde me desplomé. Me levanté inmediatamente y me lancé, para, al cabo de un segundo, volver a caer. Aquel juego se reprodujo quince veces seguidas”. A veces, como una mezcla de las dos cosas, es lo que sucede cuando deciden esquiar borrachas. Retrato de la vida literaria parisina y actualización del mito de Pigmalión, *Pétronille* consigue llevar al lector por cada uno de los géneros con fluidez y provocándole una embriaguez similar a la del champán. Pero también es un retrato no enfático de la amistad femenina, como pretendía serlo la película *Frances Ha*, como son las series *Doll & Em* o *Girls*. La capacidad de autoparodia de Nothomb no tiene nada que envidiar a la de Lena Dunham y la destreza que demuestra para poner a su personaje en situaciones incómodas o violentas como consecuencia de su estafalario comportamiento o de su aparente frialdad recuerda a Larry David y Louis C. K., respectivamente. Hay sitio

también para la gran literatura: Flaubert, Shakespeare y sus contemporáneos, Victor Hugo aparecen citados y sus huellas están en la novela. Seguramente Nothomb no sepa que tiene algo así como un tío literario español: Javier Tomeo. *Pétronille* se lee con rapidez y entusiasmo, entre carcajadas y sobresaltos. Es una especie de grandes éxitos de Amélie Nothomb que recoge con brillantez y gracia sus obsesiones y da cuenta de la flexibilidad de su literatura. —

**ALOMA RODRÍGUEZ** (Zaragoza, 1983) es escritora. Acaba de publicar *Los idiotas prefieren la montaña* (Xordica).



#### NOVELA

### Exiliarse de un apellido



**Monika Zgustova**  
**LAS ROSAS DE STALIN**  
Barcelona, Galaxia  
Gutenberg, 2016,  
336 pp.

#### MARTA REBÓN

“Puede que no me crean, pero soy la hija de Stalin.” Dos altos funcionarios de Estados Unidos escucharon atónitos esta afirmación de boca de una desconocida que se había presentado en la entrada de su embajada, en Nueva Delhi, una noche de marzo de 1967. Solo llevaba consigo el pasaporte soviético y un pequeño maletín con algo de ropa y el manuscrito de sus memorias (por el que se pagaría en Occidente un anticipo de un millón y medio de dólares, suma hasta entonces solo superada por las memorias de Churchill). Ningún miembro del servicio exte-

rior estadounidense sabía de la existencia de una hija del difunto dictador, y esta, de pronto, llamaba a su puerta para cruzar “la línea invisible que separa el mundo de la tiranía del mundo de la libertad”, como escribiría poco después. Era toda una bomba diplomática que se activaba, además, el año en que Moscú estaba inmerso en los preparativos de la celebración del quincuagésimo aniversario de la revolución rusa. La que había sido la niña de los ojos de Stalin, su único descendiente aún vivo (los otros dos hijos habían muerto: uno en la guerra contra los alemanes; el otro, alcoholizado), decidió desertar en su primer viaje fuera de la Unión Soviética, concretamente a la India, adonde había ido para depositar en el Ganges las cenizas de su pareja, el comunista hindú Brayesh Singh, con quien Moscú no la había autorizado a casarse, por su condición de extranjero. “El Kremlin me considera propiedad estatal”, afirmó reiteradamente Svetlana Alilúyeva. Con todo, iba equivocada si pensaba que, con ese acto desesperado, con esa apuesta a todo o nada, como si emulara al protagonista de su novela preferida —*El jugador*—, escaparía de la omnipresente, y asfixiante, sombra paterna. Al fin y al cabo, este sería un capítulo más en la huida de la etiqueta de “hija de” que arrastraría toda la vida, desde el gran Palacio del Kremlin de Moscú hasta el humilde geriátrico en Wisconsin donde murió sola y arruinada. Para ello, mudó más de una vez de apellido —se puso el de su madre, Alilúyeva, en 1957, y adoptó el de su tercer marido, Peters, en 1970—, pero también cambió de nacionalidad, de confesión, de pareja y decenas de veces de domicilio en distintos países. Nunca supo

conciliar el amor irracional a su padre, un sentimiento que resultó fortalecido tras el aparente suicidio de su madre cuando ella tenía seis años, con el legado criminal de ese “monstruo moral y espiritual”, como ella misma lo definió.

La vida de esta mujer, testigo privilegiado del siglo xx, a caballo entre dos mundos en plena Guerra Fría, es sorprendente y compleja. Notable memorialista en la mejor tradición rusa, su obra permite tanto acercarse a sus vivencias como adentrarse en la mentalidad soviética de su época. Culta y políglota, sensible e impulsiva, demostró lo genuino que era su entusiasmo por las letras con un desplante juvenil: aunque su padre le había prohibido estudiar literatura, acabó trabajando como profesora e investigadora en la Universidad Estatal de Moscú y, después, en el prestigioso Instituto Gorki, donde accedió, durante el deshielo, a toda la literatura prohibida y se codeó, entre otros, con el escritor disidente Andréi Siniavski. Prueba del interés que sigue despertando esta figura que vivió rodeada de polémica es la aplaudida biografía *Stalin's daughter: The extraordinary and tumultuous life of Svetlana Alliluyeva*, publicada el año pasado, a cargo de la canadiense Rosemary Sullivan, quien tuvo acceso, entre otras fuentes, a archivos desclasificados de los servicios secretos estadounidense y ruso. El lector en español solo contaba hasta la fecha con la traducción de dos de sus volúmenes de memorias, si bien descatalogados. Monika Zgustova nos ofrece un retrato personal de la hija de Stalin sin la pretensión de ser exhaustivo. *Las rosas de Stalin* no arranca con la infancia junto al padre, sino ya en la madurez, en los prolegómenos de su deserción.

Zgustova privilegia la experiencia del exilio, la extrañeza y sus expectativas continuamente frustradas debido al carácter a veces caprichoso y soñador de la protagonista, en busca de una estabilidad emocional que se resistía a llegar. La autora se centra en pasajes concretos mediante un narrador pegado a la protagonista, a sus pensamientos y reacciones, incluso a sus sueños, como el fuerte impacto que le causó el encuentro con la cultura india, la pesadilla en la que se convierte su paso por la fundación Frank Lloyd Wright, dirigida por la histriónica y dictatorial viuda del arquitecto americano, o la estancia en la tierra de su padre, Georgia, cuando intentó restablecer los lazos con sus primeros hijos, en su regreso temporal a la Unión Soviética. Esta decisión compositiva, si bien tiene la ventaja de priorizar e intensificar algunas líneas del relato, soslaya ciertos aspectos de la personalidad de la protagonista que tal vez ayudarían a entender mejor algunas de sus decisiones. Zarandeada a menudo en una montaña rusa en la cual se alternaban estados de euforia y tristeza extremos que la distanciaron de buena parte de sus amistades, exigía que le tributaran una entrega incondicional sin privarla de una independencia innegociable. Estos rasgos vienen a demostrar la dificultad de abrazar una vida surcada de giros inesperados, urdidos, en parte, por los servicios de inteligencia de uno y otro bando, lo que acentuó algunas de sus ideas paranoicas respecto a su situación, tanto en la Unión Soviética como en los Estados Unidos. La Svetlana Allilúyeva de Zgustova mantiene, en los embates de sus altibajos emocionales y de la presión externa a causa de su árbol genealógico, la abnegación y el optimismo,

así como una aceptación de las circunstancias asombrosas. “Allí donde vaya, ya sea en Australia o en cualquier otra isla —se lamentaba—, siempre seré la prisionera política del nombre de mi padre.” Y, como vemos en *Las rosas de Stalin*, eso lo descubrió tanto en su país de origen como en el de acogida, donde llegó a convertirse en una suerte de producto de consumo. —

**MARTA REBÓN** (Barcelona, 1976)  
es traductora y fotógrafa.



## CUENTOS

### Espectros de realidad



**Mariana Enriquez**  
**LAS COSAS QUE PERDIMOS EN EL FUEGO**  
Barcelona, Anagrama,  
2016, 200 pp.

## ANA LLURBA

El cadáver decapitado de un niño en un descampado obsesiona en un sugestivo juego de espejos y coincidencias a una joven que vive sola en el peligroso barrio porteño de Constitución. Un centro de tortura y detención clandestino rehabilitado como hostería en una localidad turística de La Rioja aloja una frustrada venganza juvenil que desentierne ecos de un pasado político inquietante. La infame década de los noventa contada a través de las anécdotas de tres adolescentes góticas que, atormentadas por el sexo, las drogas y la muerte, firman un pacto sobrecogedor. Una casa abandonada en el gris barrio de Lanús acuna los miedos de la infancia de tres amigos

y se convertirá en el escenario siniestro de un suceso inexplicable. Un padre primerizo que trabaja de guía turístico en la ciudad de Buenos Aires es absorbido por el historial policial de un asesino serial de niños. En medio de un viaje familiar, una serie de desapariciones sin explicación suceden en el tórrido clima tropical de Asunción del Paraguay. Adolescentes que se autolesionan, alarman a sus compañeros de escuela, profesores y padres mientras se comunican con seres que solo ellas ven en la oscuridad. La sugestiva relación de una mujer con una calavera dinamita sus frágiles vínculos con el mundo exterior. Una mujer se muda a un nuevo barrio y mientras evade la depresión y el aburrimiento espiando en el patio de su vecino desvela un secreto terrible. El Riachuelo (el canal urbano más contaminado del mundo) esconde un misterio que engullirá a una fiscal más allá de lo que su sólida experiencia profesional y capacidad racional le admiten reconocer. Los comienzos de internet y el crepúsculo de la comunicación interpersonal detonan la preocupación de una madre y una exnovia ante los hábitos perturbadores de un joven que casi no sale de su habitación. Una serie de casos de violencia de género alienta un curioso ritual que se contagia con extraordinaria velocidad entre la población femenina de un país.

Los ecos del pasado reciente, como la represión durante la dictadura militar, la guerra de las Malvinas, la volátil economía, los tambaleantes regímenes políticos y esa intensa realidad social que caracteriza la vida cotidiana de Argentina de las cuatro últimas décadas aparecen enredados con

latigazos de terror gótico que inducen escalofríos en la nuca del lector. Como una imperceptible brisa que mueve la cortina de una ventana en una habitación cerrada, estos fascinantes relatos de Mariana Enriquez aparecen sugestivamente engarzados con esa construcción mediática que llamamos “la actualidad”. Y eso provoca que el terror anide en lo cotidiano con sutileza y eficacia narrativa.

Junto con las ejemplificadas venganzas de los narcos, el flagelo de la drogadicción, la pobreza extrema, la desnutrición, la trata de blancas, la corrupción policial y otros asuntos recurrentes de la agenda social, la angustia y la alienación urbanita conviven con lo extraño y lo fantástico en un mundo de ficción no tan diferente al nuestro. Como en el relato que da nombre a este libro, y que elabora una retorcida apropiación de una de las formas actuales más escalofriantes de violencia de género: los ataques con ácido. “Todo era distinto desde las hogueras. Hacía apenas semanas, las primeras mujeres sobrevivientes habían empezado a mostrarse. A tomar taxis y subterráneos, a abrir cuentas de banco y disfrutar de un café en las veredas de los bares con las horribles caras iluminadas por el sol de la tarde, con los dedos, a veces sin falanges, sosteniendo la taza. ¿Les darían trabajo? ¿Cuándo llegaría el mundo ideal de hombres y monstruas?”

Sus historias suelen estar protagonizadas por mujeres jóvenes o chicas adolescentes en momentos de algún tipo de transición, ligeramente sociópatas, atormentadas por una volátil e imprevisible misantropía: “No podía durar mucho, decían mis padres, no puede ser cierto que un peso argentino tenga el mismo valor que un dólar, pero

estábamos tan hartas de lo que decían ellos, mis padres, los otros padres, siempre anunciando el fin, la catástrofe, la vuelta de los cortes de luz, todos los males patéticos. Ahora ya no lloraban por la inflación: lloraban porque no tenían trabajo. Lloraban como si no tuvieran la culpa de nada. Nosotras odiábamos a la gente inocente” (“Los años intoxicados”). Al igual que *Carrie* de Stephen King o la inolvidable Merricat Blackwood de *Siempre hemos vivido en el castillo* de Shirley Jackson (Minúscula, 2012), el catálogo de jóvenes sociópatas que anidan en la oscuridad überrealista de Enriquez desvela una alianza de las víctimas con lo siniestro como respuesta a la alarmante violencia enquistada contra las mujeres.

Así es como los tópicos de la tradición del gótico clásico (la mansión encantada en “La casa de Adela” o el gólem en “El patio del vecino”) aparecen enhebrados con la crónica policial y el realismo sucio en un atractivo juego de géneros. Mariana Enriquez cuenta con una amplia experiencia como periodista cultural (es subeditora del suplemento cultural del periódico argentino *Página/12*) y además de ficción ha escrito las hipnóticas crónicas de *Alguien camina sobre tu tumba* (Editorial Galerna, 2014) sobre sus visitas a cementerios alrededor del mundo. Quizás en su profesión periodística resida esta capacidad para fusionar, de manera indistinguible, la agenda negra argentina, y también latinoamericana, con los arquetipos del terror urbano, esos espectros de la realidad que viven entre nosotros. —

**ANA LLURBA** (Córdoba, Argentina, 1980) es escritora y editora. El año pasado publicó el poemario *Este es el momento exacto en que el tiempo empieza a correr* (Ediciones de la Isla de Siltolá).

## REPORTAJE

### Paisajes negros de una República atenazada



Ramón J. Sender  
VIAJE A LA ALDEA  
DEL CRIMEN  
Barcelona, Libros del  
Asteroide, 2016, 212 pp.

#### PILAR MERA COSTAS

“La República está hoy en una tenaza: los monárquicos y los anarquistas. Los ataques de uno y otro bando son violentísimos, según el modo de cada cual.” Preocupado por la presión que amenazaba la estabilidad del régimen republicano y ponía en riesgo su gobierno, el 15 de enero de 1933 Manuel Azaña apuntaba en su diario: “¿Es que España no puede vivir en democracia y con ley? ¿Nadie quiere obedecer si no es por la fuerza?”

1933 había comenzado con una amenaza de levantamiento anarquista en nombre del comunismo libertario. Meses después de superar el golpe monárquico encabezado por el general Sanjurjo, el gobierno republicano-socialista debía sortear otro empujón, esta vez, desde la izquierda. La amenaza se plasmó en una serie de incidentes por todo el país cuyo objetivo era abolir el gobierno central y colectivizar la economía. Varias aldeas aragonesas y andaluzas quemaron sus ayuntamientos. Obreros y fuerzas de seguridad se enfrentaron en Barcelona... Según la prensa, la oleada de violencia se saldó con treinta y siete muertos, trescientos heridos y un episodio que dejó helada a la opinión pública: los sucesos de Casas Viejas.

Tras declarar el comunismo libertario, los habitantes de este pequeño pueblo de Cádiz intentaron sitiar sin éxito a la guardia civil. Reforzados por un grupo de guardias de asalto, las fuerzas de seguridad redujeron a los anarquistas rebeldes en casa de su líder. La choza terminó incendiada y sus ocupantes, muertos por los disparos de los guardias. Rojas, el capitán al mando, ordenó acabar con otros catorce prisioneros a sangre fría. En la investigación posterior, el militar acusó al director general de seguridad de haberle indicado que no dejase heridos ni prisioneros y puso en boca de Azaña una frase cruel: “los tiros, a la barriga”. Aunque tanto las Cortes como el proceso judicial exoneraron al gobierno, la presión hizo que cayese en el mes de septiembre.

La sombra de esta tragedia nunca abandonó a Azaña. En ello tuvo mucho que ver el relato de la prensa, que mostró a sus lectores un paisaje de desesperación donde las reformas iban demasiado lentas para la paciencia de un estómago hambriento. Entender esta premisa era necesario para entender el levantamiento de Casas Viejas. Así lo vio Sender y así lo contó tanto en la serie de reportajes que escribió para *La Libertad* como, un año después, en *Viaje a la aldea del crimen*, que reedita Libros del Asteroide. Sender tira de frase corta, punzante, para dibujar con precisión el escenario. No abusa de los adjetivos, aunque su tono es menos desnudo de lo que aparenta. Ese rasgo acompañó al autor a lo largo de su obra: un estilo depurado y alejado de artificios que, sin embargo, esconden tras su sencillez estudiada una construcción compleja que no deja ninguna pieza al azar. Las páginas encadenan acción y descripción

en un reportaje que se asemeja a una novela, que a su vez resulta tan visual que podría parecer el guion de un documental.

La atmósfera gris, hambrienta y desesperada que nos ofrece recuerda al paisaje personal de *Las uvas de la ira*. Seres humanos que viven bajo condiciones tan extremas que las reglas de lo justo e injusto parecen fuera de lugar, propias de un mundo ajeno de barrigas llenas que al enfrentarse a las coordenadas que traza el narrador se vuelven irreales e incómodas. “Después de ver a estos hombres, da vergüenza comer”, comenta un compañero al periodista. Y a esa vergüenza, entre la empatía y la denuncia, expone Ramón J. Sender a su lector casi sin descanso desde que aterriza en Casas Viejas. Su apego al lenguaje del lugar, transcrito de manera literal, apuntando con mimo seseos, palabras recortadas, giros propios y expresiones incorrectas, apuntala la sensación de realismo. En la reconstrucción del levantamiento no hay tregua sentimental: la miseria, el dolor, el deseo de venganza, la frialdad de la espera de quien ataca sin nada que perder, y pese a todo, la esperanza, la fe ingenua y convencida que se apodera del pueblo. Tras ella, de nuevo el choque con la realidad. Y la decepción, la persecución implacable, el encierro asfixiante y la crueldad que arrasa con todo.

El relato es realista, aunque no real. Contado al día, pero escrito cuando todo ha pasado ya. Reinventa diálogos en los que resulta muy difícil separar reconstrucción de invención. Sender, apegado al drama, lo cuenta con respeto pero desde la óptica de quien ha abandonado con decepción el credo republicano y se va inclinando hacia la visión revolucionaria. Eso lo hace

ser injusto en sus formas y acusar a un gobierno que ya ha sido excusado. No solo deja implícita su convicción de la culpabilidad de Azaña y los suyos en el devenir de los acontecimientos, sino que muestra su repugnancia por el parlamentarismo, que ya juzga inútil. Así, para él, el debate en Cortes sobre Casas Viejas no es sino “una disputa entre verdugos ante los cadáveres aún calientes de sus víctimas”. Paradójicamente, su denuncia contribuyó a construir la leyenda negra de la República, la misma que servirá al franquismo para denunciar el “caos republicano”

*Viaje a la aldea del crimen* reúne la triple cualidad de ser una descripción magnífica, un relato injusto y una lectura recomendable, que ayuda a entender la realidad desolada de los años treinta y las difíciles circunstancias con las que hubo de bregar la República “ate-nazada”. —

**PILAR MERA COSTAS** (Vigo, 1978) es historiadora y especialista en la Segunda República.



## AUTOBIOGRAFÍA

### La hija del juez



**Clémence Boulouque**  
**MUERTE DE UN SILENCIO**  
Traducción de Laura Salas Rodríguez  
Cáceres, Periférica, 2016, 132 pp.

## LARA PASCUAL

“Soy la hija del juez Boulouque, del terrorismo, de los años ochenta, de los años parisinos. Y soy huérfana de todo ello”, escribe Clémence Boulouque (París, 1977)

al comienzo de *Muerte de un silencio*, su primer libro, publicado en francés en 2003. Los atentados del 11-S, que se producen cuando ella está estudiando un máster de relaciones internacionales en Nueva York, son el punto de partida de un relato autobiográfico contenido e impactante.

Menos tramposo que *El camino de los difuntos* (Periférica, 2015), de François Sureau, y más fragmentario que *El comensal* (Caballo de Troya, 2015), de Gabriela Ybarra, *Muerte de un silencio* no es solo un libro sobre el terrorismo. Los atentados, de hecho, están en off. Es ante todo la historia de una herida íntima: el suicidio del padre de la autora, cuando ella tenía trece años.

Gilles Boulouque se encargó de la instrucción de algunos casos terroristas, que implicaban a organizaciones como las Facciones Armadas Libanesas, ASALA y ETA. Esa tarea alteró la vida familiar. Clémence habla de su miedo y sus pesadillas; tuvieron que ponerle protección. Al temor se sumó una presión añadida, por las complicaciones políticas y mediáticas de los casos del juez.

En 1987 el juez llamó a comparecer a Wahid Gordji, un intérprete de la embajada iraní, como testigo en el caso del atentado de Rue de Rennes. El episodio produjo la ruptura de las relaciones diplomáticas con Irán. Tras meses de negociaciones, Irán medió para que Hezbollah liberase a unos franceses que había secuestrado. Gordji aceptó comparecer y quedó libre sin cargos. La liberación de los rehenes recibió muchas críticas en los medios, algunos denunciaron el sometimiento del sistema judicial a la razón de Estado y Mitterrand utilizó el caso contra Chirac en un debate electoral. El juez fue también imputado

por violación del secreto de sumario, “sanción de lo más infrecuente”. La denuncia no prosperó, pero Boulouque lo retrata como un capítulo humillante. En 1990, el juez se suicidó con el arma que le habían entregado para protegerse, en la casa familiar de la calle Caulincourt.

“La única verdad de alguien es el dolor que lo oprime y ante el cual se siente impotente. Esa especie de temblor que lo recorre por entero. No hay medida objetiva del dolor de una persona. Y eso es lo que me inspira respeto, esa humanidad, la que quizá me privó de él”, escribe la autora. Dos de las virtudes del libro son la voz narradora —sobria, afectuosa, capaz de mostrar la visión de la niña y adolescente y la de la adulta— y la descripción precisa de las actividades infantiles y las costumbres familiares: medir el tiempo por las competiciones deportivas, la afición del padre al ordenador de la hija, las vacaciones. La sensación de ser objetivos terroristas y la atención de los medios producen una perturbación en esa forma de vida. Los contratiempos se convierten en situaciones aterradoras o son distorsionados por la prensa.

El suicidio deja una tara para siempre, en forma de culpabilidad y de arrepentimiento por lo que no se ha dicho o explicado. “Me convertí en una joven, después en una mujer que desde entonces ha sufrido otros dolores, pero a la que siempre herirá, sin duda, el espectáculo de una niña con su padre, sentados en una terraza o haciendo cola en un cine”, escribe Boulouque, casi al final de este libro singular y emocionante sobre las consecuencias privadas de los asuntos públicos. —

**LARA PASCUAL** (Madrid, 1987) es periodista.

## HISTORIA

### Gramsci en Langley



**Patrick Iber**  
NEITHER PEACE NOR  
FREEDOM. THE  
CULTURAL COLD WAR  
IN LATIN AMERICA  
Cambridge, Harvard  
University Press, 2015,  
336 pp.

#### RAFAEL ROJAS

Al choque intelectual de la Guerra Fría se han dedicado muchos estudios en las dos últimas décadas. La caída del Muro de Berlín y el colapso del bloque soviético produjeron visiones de aquella confrontación que oscilaban entre el triunfalismo liberal de François Furet en *El pasado de una ilusión* (1995) y la “reactivación” de Lenin que ya podía leerse en *El acoso de las fantasías* (1997), uno de los primeros libros de Slavoj Žižek. Después de *La CIA y la guerra fría cultural* (2001), de Frances Stonor Saunders, el último libro del historiador Patrick Iber es la más seria, documentada y flexible reconstrucción de la querrela ideológica entre democracia y comunismo, especialmente en América Latina, durante la segunda mitad del siglo xx.

A diferencia de Saunders, que siguiendo la tradición de la izquierda comunista centró su análisis en el financiamiento de la CIA a las publicaciones e instituciones liberales de Occidente, Iber se interesa además por la filantropía rival, agenciada por Moscú y que llegó a tener una presencia más sólida de lo que se cree en el Tercer Mundo y especialmente en América Latina. Pero la apuesta analítica de Iber, sustentada en una exhaustiva exploración de fuentes primarias, busca complementar la trama financiera de las redes intelectuales de la Guerra

Fría con un mayor discernimiento de las ideas en juego, sobre todo dentro de la izquierda no comunista latinoamericana, de raíz nacionalista revolucionaria o populista, que jugó un papel protagónico en aquellas disputas.

Como eje de la narración, Iber toma el antagonismo de dos instituciones, el Consejo Mundial de la Paz y el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC). Ambas asociaciones surgieron a fines de los años cuarenta, cuando se quiebra la alianza antifascista: la primera, propiciada y financiada por la Unión Soviética y el campo socialista, y la segunda, por Estados Unidos, la CIA y varios gobiernos europeos y latinoamericanos. Las raíces de ambos movimientos intelectuales se encuentran en las redes estalinistas y antiestalinistas de los años treinta, del Comintern, el trotskismo o la IV Internacional, y de la reformulación paralela de la socialdemocracia y la democracia cristiana en Europa y América. La tesis de Iber favorece la interpretación de que la disputa intelectual de la Guerra Fría fue escenificada por distintas ramas de la izquierda más que por una tensión binaria entre derecha liberal e izquierda comunista.

El peso del catolicismo, el conservadurismo o el anticomunismo más reaccionarios, en la órbita del CLC, fue casi imperceptible. En América Latina, trotskistas como Victor Serge y Julián Gorkin, exiliados en México en la década de los cuarenta, académicos o letrados liberales como Daniel Cosío Villegas, Alfonso Reyes, Jorge Mañach, Jaime Benítez o Germán Arciniegas, o “socialistas democráticos” de los sesenta como Emir Rodríguez Monegal, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa o Jorge Edwards, ocuparon el centro

de aquellas polémicas. Iber destaca la visibilidad que alcanzaron en la plataforma del CLC algunos apristas eminentes como el peruano Luis Alberto Sánchez o, luego, una franja de la democracia cristiana identificada con las premisas del Concilio Vaticano II.

En América Latina, las antinomias doctrinales de la Guerra Fría se veían mediadas por las tradiciones ideológicas y el mapa político de la región. Eso producía, en muchos casos, una contradicción entre las prioridades de la CIA y los posicionamientos de la intelectualidad pública antitotalitaria. La reacción contra el golpe de Estado que derrocó el gobierno guatemalteco de Jacobo Árbenz, en 1954, fue un buen ejemplo. El golpe fue diseñado y organizado por la CIA y, sin embargo, el CLC y la alianza de nacionalistas revolucionarios, contra las dictaduras de Pérez Jiménez, Rojas Pinilla, Batista, Trujillo y Somoza, conocida como Legión del Caribe, se solidarizaron con Árbenz y se opusieron firmemente al régimen de Castillo Armas. La revista *Humanismo*, fundada en México por el aprista peruano Mario Puga y dirigida entonces por el marxista antiestalinista cubano Raúl Roa, que recibió apoyo del CLC, condenó el golpe de la CIA y la derecha militar en Guatemala.

Lo mismo podría decirse de la experiencia de *Mundo Nuevo*, la revista fundada por Emir Rodríguez Monegal en París, en 1966, y que se convirtió en el órgano principal del boom de la nueva novela latinoamericana. La publicación fue financiada por el Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (ILARI), un desprendimiento del CLC, y por la Fundación Ford. Pero su línea editorial se inscribió, en buena medida, en el horizonte de la Nueva

Izquierda: denunció las guerras de Vietnam, Laos y Camboya, se solidarizó con los movimientos de descolonización de Asia, África y América Latina, y se opuso a la política hostil de Estados Unidos hacia la Revolución cubana. *Libre*, una revista sucesora de *Mundo Nuevo*, también fundada en París, en la que colaboraron los mayores narradores del boom, respaldó el gobierno de Unidad Popular de Salvador Allende en Chile y rechazó el golpe de Estado de Augusto Pinochet, aunque a la par denunció el encarcelamiento del poeta Heberto Padilla y la represión de intelectuales disidentes en Cuba.

En el momento de mayor calentamiento de la Guerra Fría, en los años sesenta, estos desencuentros entre los dineros y las ideas de las filantropías enemigas llegaron a extremos paradójicos. Pablo Neruda, figura central del comunismo intelectual en América Latina, artífice del estalinista Congreso Cultural Continental de Santiago de Chile en 1953, combatido por

trotskistas y liberales, participó en una sonada reunión del Pen Club de Nueva York, en 1966, junto a Emir Rodríguez Monegal y Carlos Fuentes, en la que este último llamó a enterrar la Guerra Fría en la literatura. La colérica reacción del gobierno de Fidel Castro contra Neruda puso en evidencia que la Guerra Fría, en América Latina, había entrado en una fase de radicalización ideológica en la que no solo la socialdemocracia sino el propio comunismo prosoviético podían ser acusados de “cómplices” del imperialismo yanqui.

Esa fase, sin embargo, fue lo suficientemente breve como para que en 1971 la ideología del Estado cubano reafirmara su alineamiento con la URSS y englobara dentro del intolerable y reprimible “revisionismo de izquierda” las ideas de mayo del 68, el maoísmo, el estructuralismo, el marxismo social británico, la Escuela de Fráncfort e, incluso, el guevarismo. No es extraño que en esos mismos años, en que se sella el acoplamiento de Cuba al socialismo real, Ramón Mercader, el asesino de León Trotski, recibiera asilo en La Habana y que las instituciones y leyes del régimen cubano adoptaran algunos principios centrales de la constitución soviética de 1936, redactada por Stalin. También en La Habana de los años setenta se llegó a escuchar la acusación, descrita por Iber en su libro, del trotskismo como “operación intelectual” de la CIA.

Iber relata estos episodios con precisión y soltura, eludiendo la mentalidad maniquea que todavía rige las visiones de aquel conflicto en la izquierda autoritaria latinoamericana. En un reflejo bastante nítido del dilema Sartre-Camus en Francia, muchos escritores latinoamericanos, entre las décadas de

los cincuenta y ochenta del pasado siglo, comenzaron defendiendo un modelo de intelectual comprometido, leal a las instituciones del comunismo internacional, y terminaron cuestionando el legado estalinista, criticando los socialismos burocráticos de la Unión Soviética y Europa del Este y defendiendo el tránsito a la democracia en la región. Al final, aquel desplazamiento parecía suscribir la herencia no siempre reconocida de Antonio Gramsci, que había pensado el “intelectual orgánico” como un sujeto inmerso en una sociedad civil y una esfera pública concretas y no como el mero ventrílocuo de un partido o un gobierno.

Patrick Iber propone el concepto de “gramscianismo irónico” para reinterpretar las lealtades políticas del intelectual latinoamericano en la Guerra Fría. Entiendo la sugerencia como la admisión de que en ambos lados —si es que se puede hablar, únicamente, de dos lados— se verificó una mezcla de “coerción” y “consenso” o de intereses y valores. Pero también como un exhorto a repensar la acción política de los intelectuales, abandonando las rígidas nociones de compromiso y neutralidad, realismo y esteticismo, que con frecuencia nublan el debate. La imagen de la Guerra Fría cultural como una alternativa entre la “paz” de Moscú y la “libertad” de Washington es un mito. Lo que fue y sigue siendo una realidad es la función de las ideas democráticas en la ampliación de los derechos ciudadanos bajo regímenes cerrados o abiertos. —

**RAFAEL ROJAS** (Santa Clara, Cuba, 1965) es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *Historia mínima de la Revolución cubana* (El Colegio de México/Turner, 2015).

Ahora también puedes escuchar nuestros podcasts en **Stitcher**.

<http://letraslib.re/stitcher2016>

